

## FELIZ DIA DEL PADRE

El próximo domingo, tercero de junio, en nuestra patria celebramos el Día del Padre. Con mucho afecto expreso mi gratitud y mi reconocimiento a todos los Papás. Pienso que la mejor manera de hacerlo es reflexionando en el enorme valor de su misión para la familia, para la sociedad y para la Iglesia.

Hace casi dos años, una maestra expresaba con preocupación: “Hemos buscado darle a nuestros hijos lo que nosotros no tuvimos, pero nos hemos olvidado de darles lo que sí tuvimos, padres”. Tener padres es un derecho natural de toda niña, de todo niño. “Respetar la dignidad de un niño significa afirmar su necesidad y derecho natural a una madre y a un padre... Todo niño tiene derecho a recibir el amor de una madre y de un padre, ambos necesarios para su maduración íntegra y armoniosa” (AL 172). Ustedes, papás, son la otra palabra, junto con la palabra de la mamá, con la que el Señor responde al reclamo de cada niño y de cada niña.

Apreciamos y agradecemos la presencia y el amor de nuestra madre que nos envuelve con su cuidado desde que estamos en su seno, que con su ternura y su compasión, nos ayuda a sentirnos acogidos, experimentar que el mundo es un lugar bueno y mirarnos personas valiosas, amables. Esto favorece el desarrollo de nuestra capacidad de intimidad y la empatía. Pero también es muy importante y hemos de apreciar y agradecer profundamente la presencia y el amor de nuestro padre. Nos dice el Papa: “la figura paterna ayuda a percibir los límites de la realidad, y se caracteriza más por la orientación, por la salida hacia el mundo más amplio y desafiante, por la invitación al esfuerzo y a la lucha. Un padre con una clara y feliz identidad masculina, que a su vez combine en su trato con la mujer el afecto y la protección, es tan necesario como los cuidados maternos...” (AL 175).

Sin embargo, hemos de tener muy claro que el amor de papá y de mamá que constituye el mejor ambiente para el desarrollo de un niño y de una niña, no es el amor de él y de ella por separado, sino el amor entre ellos. Al mirarse en el espejo el niño y la niña descubren en su rostro, los rasgos de su padre y de su madre armoniosamente integrados. El mirarlos que se respetan, que se expresan su cariño, que se perdonan y rehacen la unidad luego del conflicto, constituye para el niño una fuente muy grande de seguridad. Allá de mis primeros años de sacerdote me impresionó mucho un niño pequeño, como de unos 5 o 6 años, que se acercó al confesionario

donde estaba. Me contó que sus papás se estaban separando. No esperó una palabra mía. Sencillamente luego de contarme su situación se alejó y salió de la capilla. Aquello era algo que necesitaba expresar porque le oprimía. Ha de ser algo que también oprime mucho el corazón de Dios, porque papá y mamá “muestran a sus hijos el rostro paterno y el rostro materno de Dios”.

En la relación final del Sínodo para la Familia, los obispos nos decían que Dios pone al padre en la familia para que, con las características valiosas de su masculinidad, “sea cercano a la esposa, para compartir todo, alegrías y dolores, cansancios y esperanzas. Y que sea cercano a los hijos en su crecimiento: cuando juegan y cuando tienen ocupaciones, cuando están despreocupados y cuando están angustiados, cuando se expresan y cuando son taciturnos, cuando se lanzan y cuando tienen miedo, cuando dan un paso equivocado y cuando vuelven a encontrar el camino; padre presente, siempre. Decir presente no es lo mismo que decir controlador. Porque los padres demasiado controladores anulan a los hijos”.

Hace algunas décadas en muchos hogares se miraba como opresora la presencia del papá. Con mucha frecuencia se oía a la mamá decir a los niños: “Ya dejen de jugar y estense quietos que ya viene su papá”, “si no se portan bien, le voy a decir a su papá”. Parece que nos hemos ido al otro extremo. El problema de nuestros días no es la presencia de un papá enojón, sino más bien su ausencia. En muchos hogares no hay figura paterna, y nuestra cultura parece haber hecho más difícil a los papás estar en casa. A veces el trabajo, a veces sus propias realizaciones personales, donde él se siente a gusto, le llevan a dejar de lado la familia.

Porque son tan necesarios, porque les es tan difícil, porque los queremos mucho, queridos Papás, muchas gracias por ser nuestros papás. El Señor les bendiga grandemente porque con ustedes quiere bendecir su hogar, la sociedad, la Iglesia.